

# ACLARACIONES

AL

## LIBRO DÉCIMO SÉTIMO

(A) pág. 13.

COSTUMBRES DEL TIEMPO DE LA REGENCIA.

El tránsito del siglo de Luis XIV al reinado del cardenal de Fleury fué señalado por indicios que son comunmente mas enaltecidos que disputados; y acerca de los cuales las opiniones ya establecidas hacen las veces de una escrupulosa investigación. No deja de tener dificultades el delinear con toda verdad el famoso tiempo de la Regencia y distinguir sus particularidades de las que caracteriza á los que le habian precedido. Las naciones tienen tambien aduladores y detractores. Los moralistas contemporáneos son muy sospechosos de prevención: los escritores de genio descuidan las cosas comunes que acacien en torno suyo. En materias semejantes deben tenerse como imparciales aquellos que sin creer dar testimonio de ellas, nos trasmiten sin saberlo las impresiones del momento. En el cúmulo de hechos olvidados, de confesiones involuntarias y de escritos cubiertos del polvo de los archivos, es donde hay que buscar los medios de reconstruir la fisonomía de la Regencia, ménos desfigurada por el tiempo que por imitaciones fantásticas.

Los Franceses de 1316 no eran un pueblo nuevo; algunos meses ántes pertenecian al siglo de Luis XIV, siglo que á su vez presenta dos aspectos diferentes. Su primera mitad fué una mezcla de galantería noble y briosa y de aquel dote de vicios y de placeres que llevaron de Italia las reinas de la casa de Médicis; la segunda ocultó de improviso aquella mezcla profana bajo un velo uniforme de decencia y de piedad. Fenelon delineó un cuadro espantoso de esta última mitad, y por mas que inspiren desconfianza las quejas de un favorito en desgracia, no puede negarse que se habian introducido en las costumbres de aquel tiempo mucha circunspeccion y mucho disimulo; pero no todos los frutos de la hipocresía son funestos. Si con ella se corrompen mas los caracteres ya gastados, en cambio la educacion se purifica, el ejemplo no inficiona á las clases inferiores, y abriéndose á los vicios un lecho mas profundo, se disminuye la extension de la superficie que abrazan. La Regencia despertó la franqueza nacional; los comediantes depusieron la máscara mal sostenida, y á no ser por las inevitables consecuencias de una prolongada falsedad, las costumbres se habrian hallado en el mismo estado que al principiar el reinado de la hipocresía. Pero respecto del amor á las riquezas, las cosas no siguieron el mismo paso que el amor á los placeres. Sully habia tenido que luchar contra la rapiña insaciable de los grandes del reino, y los tiempos de Concina, de Emery

y de Fouquet no estuvieron exentos de estas manchas. Pero la severidad de Colbert y la mente elevada de Luis XIV produjeron un periodo de desinterés, en el cual los grandes por lo general tuvieron á orgullo gastar lo suyo, y los pequeños se dedicaron con paciencia á hacer ahorros. Las circunstancias singulares de la Regencia introdujeron en el manejo de la hacienda una organizacion que se separaba de la corrupcion de los primeros tiempos y de la generosidad de los segundos; organizacion licita en su objeto y en sus medios y conforme con el espíritu de cálculo á que se inclinaba la nacion; pero tachada de vileza por un resto de aquel espíritu feudal que permitia vivir con los vicios con preferencia á vivir por medio del trabajo. Finalmente, el progreso natural de las cosas humanas y la mayor propagacion de las luces y de las riquezas habian preparado para el tiempo de la Regencia un gran desarrollo de aquella sociabilidad tan francesa, cuyo imperio subyuga las demas inclinaciones, cualidad tanto mas seductora cuanto que los hombres se enorgullecen de poseerla, venenoso dulce y espléndido que anima las artes, refina las costumbres, iguala las condiciones y forma ciudadanos sin celo, escritores sin originalidad, familias sin ventura. La Regencia continuó mas bien que inventó estos peligrosos refinamientos. Leibnitz, que vivia en el centro de la Alemania y que murió en 1716, habia echado ya de ver la profunda alteracion que habia experimentado el principio moral en todas las naciones modernas, y en un libro póstumo que puede pasar por el testamento de aquel grande hombre (1), se atrevió á pronosticar el trastorno inevitable de Europa.

La devocion, que se habia hecho moda, corria el peligro de tener la efimera duracion de las modas; y la religion que el vulgo confunde con la devocion demasiado frecuentemente, podia recibir daño de semejante imprudencia. El regente no trató de justificar sus temores y su incredulidad fué un secreto imposible de descubrir; su conducta pública respetó las apariencias y contuvo á la corte. El embajador turco refiere que en toda la cuaresma ningun cortesano quiso sentarse á su mesa, donde se servian carnes. Cuatro años despues un religioso temor les hizo abstenerse de una profanacion que habia sido comun á los favoritos de Enrique III y á los primeros cortesanos de Luis XIV (2). La Regencia parece una lucha continua

(1) *Nuevo ensayo sobre el entendimiento humano*, por el autor de la *Armonía preestablecida*, cap. 44, pág. 430 en 4.º, 1763.

(2) En la fiesta de la orden del Espíritu Santo los caballeros comulgaban. Este acto solemne formaba un contraste repug-

entre las reminiscencias de la educacion y la seduccion del ejemplo; de aquí aquel alternar de desolacion y de remordimientos, de escándalos y de arrepentimiento, que contradistinguen las pasiones de esta época; de aquí los amores extravagantes, tempestuosos, mezcla de sacrificio y de furor que atormentaban la vida de las mujeres, y de que pueden dar una idea las hijas del regente y la marquesa de Crequi; de aquí las súbitas conversiones que cortaban en su mitad la carrera de los hombres, como lo probaron Tessé, Pontchartrain, Pelletier, Canillac y hasta aquel amable Hamilton que habia sido adorado por las musas francesas. Entre estas singularidades, llamó particularmente la atencion la retirada del marques de Bramas, el mas chistoso de los disolutos. Decia de sí mismo: *Yo soy una coquetuela alegre y Canillac es una coquetuela melancólica*. Un día animaba el banquete del Palacio Real y al siguiente iba á encerrarse para siempre en un convento de Normandía. El regente y sus alegres comensales le llamaron por medio de una carta afectuosa y seductora; pero su respuesta les movió á llanto y risa, porque el nuevo solitario renuncia la devocion de un corazon purificado y las agudezas de su genio original. Hasta qué punto entraba la friyolidad en las cosas santas, nos lo da á conocer una orden del cardenal de Noailles, fecha 21 de mayo de 1717. Tratábase de la solemnidad del *Corpus Christi* en que los ricos ciudadanos se complacian en adornar el exterior de sus palacios con magníficos tapices, que ofrecian á la vista la desnudez de la fábula y las escenas mas vivas de la mitología. Indignaba al prelado este lujo impúdico que daba á Paris el aspecto de una ciudad completamente pagana, donde el Cristianismo cedia el puesto á los misterios de Adónis. Algunos años despues estuvo Montpellier expuesta á una guerra civil por la resistencia de los calvinistas, que sobrepujando en austeridad al arzobispo de Paris, se negaban á adornar sus casas y tachaban de idolatria este homenaje católico. La relajacion de costumbres sobreexcitaba el celo de los eclesiásticos: nunca los párrocos de Paris se manifestaron mas ardientes en perseguir los teatros y en pedir su destruccion, sin exceptuar ni aun á aquellos bailarines italianos que el duque de Orleans habia traído, y que representando como bufones y deliberando como hermanos (1) hacian mas notable la mezcla religiosa de la Regencia. Pero los puritanos de Paris eran ménos felices

nante con la vida desordenada de muchos de ellos; y advertido el rey por algunas personas timoratas, suprimió dicha costumbre. El escándalo habia sido tan grande que Mad. de Sevigné, intérprete fiel de la opinion pública, en su carta de 5 de enero de 1689 se expresa de este modo: « He dicho que el rey suprimió de la ceremonia la comunión. Yo lo deseaba hacia mucho tiempo. Casi puede compararse la belleza de esta accion á la de impedir los duelos. » Pero en 1724 por efecto de la fiesta que se verificó con motivo de la gran promocion del duque, se publicó el programa segun la antigua fórmula comprendida la comunión. Informado el duque de Charrost de que, á excepcion de dos, los demas caballeros no pensaban asistir, se lo advirtió solícitamente al obispo de Fréjus en carta de 3 de junio, manifestándole el mal efecto que produciría semejante desercion de la sagrada mesa. Fleury se convenció y por la noche hizo imprimir otro programa en que se suprimia la comunión. De este modo los cortesanos de Luis XIV eran sacrilegos por política y los de la Regencia se exponian á dar un escándalo por escrúpulos de conciencia.

(1) Los actores italianos, casi todos parientes, vivian muy unidos y retirados. Todas sus actas, segun aparece de los registros, comienzan con la señal de la cruz, y la asamblea se empieza con esta invocacion: « En el nombre de Dios, de la Virgen María, de San Francisco de Paula y de las ánimas del Purgatorio. » En los capitulos de gastos se incluyen los de una misa por el feliz éxito de las nuevas producciones. El regente los llamó cuando eran mayores los rigores de la cámara de justicia, como Enrique III los trajo á Francia por primera vez para divertir los Estados de Blois, famosos por la muerte de los Guisais.

que el arzobispo de Aix, el cual, no habiendo podido conseguir de los magistrados que prohibiesen un drama, prohibió á los confesores que absolviesen á los espectadores; y de esta manera consiguió que el teatro quedase bien pronto desierto, y huyesen los actores.

Las creencias supersticiosas, que no siempre la irreligion destruye, mantuvieron su crédito en tiempo de la Regencia. La magia y la adivinacion no se mancharon con los maleficios y los envenenamientos, que en tiempo de Luis XIV habian hecho necesaria la creacion de un tribunal especial; eran una enfermedad de la mente humana mas bien que un delito. El duque de Orleans pasó muchas noches con su amigo el marques de Mirepoix evocando al diablo en las canteras de Vanvres y de Vaugirard; el duque de Richelieu en su embajada de Viena se comprometió por una locura de este género; el duque de Noailles se creia tambien que era muy aficionado á la magia. El famoso conde de Boulainvillers terminaba entonces su carrera profética, despues de haber desempeñado el antiguo empleo de astrólogo, agradaban mucho sus revelaciones del porvenir, así como sus opiniones sobre el tercer estado; habia predicho que la mariscalca de Grammont y el cardenal de Noailles moririan en una sedicion, y que el regente llegaria á ser emperador y moriria en la cárcel; pero anunció con la mayor precision el momento de su propia muerte, y de la de su hijo (1). Los grandes no podian ya infundir cordura al pueblo. Dice Voltaire que la adivinacion por medio de un vaso era muy comun, y que esta facultad de *ver en el vaso*, pertenecia á los niños de intacta pureza, cuyos cabellos no hubieran tocado nunca las tijeras. Principiaron tambien á interrogar á la suerte con las libaciones del café; pero esta práctica demasiado misteriosa fué rechazada muy pronto por los adivinos de oficio. Todos estos prestigios emudecieron cuando apareció la aurora boreal de 1726, mirada por la multitud como presagio de una destruccion general, y que reprodujo en las ciudades y en el campo el piadoso terror y las escenas de desorden que se verificaron en los siglos bárbaros en las frecuentes predicciones del fin del mundo. Las ocasiones en que el pueblo merece ser observado son raras. Bajo la Regencia continuó de tiempo en tiempo la costumbre de la loteria, cuyas puestas eran módicas, pero muy crecidos los números. Cada jugador al tomar su billete hacia poner en él un mote original, y cuando se hacia la extraccion se publicaban todos los números que habian sido premiados, y los motes que los acompañaban, como se hace en los concursos académicos. Creyendo que esta multitud de motes, imaginados por personas del pueblo en el momento en que estaban animados por una pasion, ofrecerian un conjunto, aunque informe, en que sobresaldria el carácter nacional, recorri aquellas inmensas listas; pero no encontré en ellas, ni sentido, ni gracia, ni sátira, ni tampoco supersticion. Exceptuando algunos insípidos epigramas dirigidos la mayor parte al director general de policia, los demas no valen absolutamente nada.

El aspecto afectado y circunspecto ordenado por el rey se disminuyó mucho despues de su muerte, y pareció que revivian los casquivanos de la Fronda. Un escritor pinta de esta manera á los jóvenes á quienes la moda señalaba con el dedo en 1718: « Tienen los hombros redondos y la cabeza metida entre ellos, los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho, y dirigen á su alrededor miradas burlonas. » Se conservaba la costumbre de llevar espada, y todos hubieran participado de la admiracion de madama de Coulange cuan-

(1) Se equivocó muy poco respecto de la muerte de Luis XIV; pues habia predicho que aquel príncipe moriria el 25 de agosto ó el 3 de setiembre de 1713, y que no le sobrevivirian ni su hijo ni sus tres nietos. Boulainvillers murió tambien en 23 de enero de 1722.

do vió al mariscal de Catinat pasearse sin aquella arma en su parque de San Gracian: diez mil espadachines frecuentaban las salas de esgrima de la capital (1). A pesar de esta guerrera apariencia, y de la afición del regente á los lances de honor, iba en decadencia la costumbre de los desafíos, no tanto por el rigor de las leyes, como por la influencia de las ideas que iban destruyendo lentamente el orgullo de las clases y la rudeza de los caracteres. Se cuenta que habiendo dicho un día Luis XV que su abuelo había trabajado mucho para abolir los desafíos, el mariscal de Noailles le respondió: *Méno quizá de lo que tendria que trabajar vuestra majestad para restablecerlos.*

La Inglaterra introdujo por aquel tiempo las apuestas, especie de duelos pecuniarios, en que la arrogancia y la avaricia se refrenan mutuamente, y las corridas de caballos, tan útiles para mejorar este precioso cuadrúpedo. El señor de Saillant apostó 40,000 francos contra el señor de Entragues á que en seis horas iría y volvería dos veces desde la puerta de San Dionisio de Paris al castillo de Chantilly, y venció ganando veintisiete minutos y mudando veintisiete caballos. Esta naciente inclinación no debía ser en ningún otro país mas ventajosa que en Francia. Después de la ruina de los grandes vasallos, la educación y la belleza del caballo habían degenerado mucho, y solo el apoyo del gobierno podía suplir á los grandes recursos del feudalismo. Luis XIV protegió las razas de caballos en la primera mitad de su reinado, pero las descuidó en la segunda mitad. En las cuentas de 1694 no aparece gasto alguno para este objeto, habiéndose aumentado los de la Bastilla, como para hacer ver que la decadencia del bien público marcha á la par con los progresos del despotismo. La Regencia, que no dejó ningún ramo de la economía política sin introducir en el algún adelantamiento, restableció la seccion de la administracion que se ocupaba de las razas de caballos.

La mania del juego fué el desorden predilecto de la Regencia. Pudiera decirse que las alternativas de los sistemas no hacian mas que suscitar en la nacion el furor por los juegos de azar. Los palacios servian á los jugadores de asilo contra las leyes; iluminaciones como las de los dias mas festivos indicaban la entrada de aquellos sitios; las invitaciones se distribuian descaradamente por todas partes. Diremos bajo qué auspicios invadió este contagio las provincias. La señorita de Valois, prometida al príncipe de Módena, atravesaba la Francia para unirse á su esposo: la precedian banqueros en todas las posadas, y pasaba la noche en la agitacion de un juego desenfrenado. Al dia siguiente la mitad de él se daba al sueño, y la otra mitad se empleaba en andar algunas leguas, con la seguridad de encontrar por la noche el mismo desorden y nuevas victimas. Por dar gusto á la hija del regente, las personas mas principales de la provincia acudian á estas peligrosas diversiones. Jóvenes, caballeros y magistrados perdian enormes sumas, y este ensayo produjo funestas pasiones. ¡Era necesaria toda la ligereza francesa para disimular su infamia! El famoso barco de oro y de púrpura que condujo á una reina cortesana á los brazos del triunviro Marco Antonio, me parece ménos digno de oprobio que aquel lento itinerario en que una princesa de diez y ocho años, corrompida en la flor de su juventud, que se dirigia al trono y al altar, como á un castigo, iba derramando en los corazones el veneno, en las familias el espanto, y produciendo súbitas ruinas á que seguian la desesperacion y el suicidio (2).

(1) El arte de la esgrima de G. de Bruye, 1721.

(2) Este viaje de la señorita de Valois tuvo un fin singular. Cuando llegó á Génova, respondió solo con burlas y sarcasmos á la acogida que la hizo el Senado. Pero cuando iba á partir para Módena, el conde Salvático, que la debía

Este mal llegó á ser tan incurable que el gobierno quiso á lo ménos vigilar lo que no tenia esperanzas de destruir. El 16 de abril de 1722 fueron autorizadas en Paris ocho casas de juego, mediante un tributo de 2,000,000 de francos para los pobres vergonzantes. El caballero Mornay de Montchevreuil fué el que sugirió la idea, y obtuvo el monopolio del juego en retribucion de la sangre del arzobispo Mornay que había muerto en la expedicion para la conquista del capelo del abate Dubois. En la cortísima súplica que presentó al regente, aduce como única razon de su proyecto el ejemplo de los antiguos, que tenian juegos de azar dirigidos por un magistrado, y cita en prueba de ello un verso de Juvenal (1). Somos, pues, deudores á la mania de imitar á los Romanos y á los escritos del poeta mas virtuoso del establecimiento de los juegos en Francia. Esta novedad fué acompañada de una particularidad muy importante. Ya sabemos que en tiempo de Luis XIV el juego estaba fuera del código moral, y que personas de crédito hacian sin misterio lo que hoy se llaman fullerias. Pero en tiempo de la Regencia el honor principió á dirigir los juegos, y llevó á aquella crapulosa república su absoluto poder y su exquisita delicadeza. Las costumbres no ganaron nada con esta conquista, porque el espíritu de malicia que había reinado en los dados y en las cartas, se refugió á las bancas de los comerciantes. Desde que se jugó con seguridad, se comerció con temor. Los reembolsos engañosos, las bancarotas por represalias corrompieron la antigua prohibicion. ¡Terribles síntomas! la buena fe se introdujo en los vicios, y el honor mudó de residencia.

Nada manifestaba mas la sed de placeres que los bailes de máscara, que principieron en 1716, y fueron en aumento hasta verificarse ocho á la semana (2). Esta diversion no era nueva, y las máscaras retratos, inventadas en vida del rey difunto, excitaban aun muchos recuerdos (3). La idea de cambiar los teatros públicos en salas de baile fué del caballero de Bouillon, á quien produjo una pensión de 6,000 francos; celebridad por lo ménos inesperada para un nieto de Turena. Esta diversion, hecha popular, embriagó á todo el mundo; los disfraces no excluyeron la riqueza de los trajes, ni el lujo de los diamantes, é hicieron desaparecer los obstáculos que el decoro de la edad y de las profesiones podia poner á las disipaciones mas inmoderadas. El gobierno debía permitir esta licencia, tanto ménos cuanto que se había podido conocer ya muchas veces en el reinado precedente cuán impacientes estaban las malas costumbres de acudir el yugo que les imponía el viejo monarca. Las particularidades que nos han trasmitido los escritores respecto de los baños á orillas del muelle de San Bernardo, están muy poco de acuerdo con la gravedad que se

acompañar, se negó á recibirla, porque se había olvidado el dote, y la desposada quedó á discrecion de los magistrados, de quienes se había burlado. El príncipe hereditario, instruido de este accidente, y tan galante como exacto había sido su procurador, se apresuró á ir el mismo á buscar á su esposa. El abate Dubois se excusó bastante mal de su olvido alegando la multitud de sus negocios. — *Correspondencia de Chavigny.*

(1) *Prelia quanta illic dispensatore videbis. Amigero!*

Sat. I, 91.

Véase en la *Histoire du visa*, lib. II, pág. 81, cuál fué en tiempo del ministerio del duque el furor por los juegos de azar, autorizados en el palacio de Gèvres y en el de Soissons.

(2) Uno cada dia y dos el viernes, alternando en el salón de la Ópera, y en el de la Academia francesa.

(3) En 1704 se imaginó hacer máscaras de cera, que se asemejasen perfectamente á muchas personas de la corte. Sobre esta primera máscara se ponía otra de capricho, y en medio de la fiesta se fingia levantar esta última, enseñando fortivamente un rostro prestado que engañaba á los curiosos. En los bailes de la corte se abusó de esta estratagemata para cometer odiosas malignidades.

atribuye á aquel siglo. En 1704 una tesis de medicina inconcluyente en las escuelas, pero obscena en boca de las personas galantes, llegó á ser objeto general de todas las conversaciones. Para comodidad de las mujeres fué preciso traducirla al francés y se hizo de ella un abuso extraordinario; esta tesis fué sostenida de nuevo en otras universidades del reino con la exageracion propia de los imitadores de provincia (1). En el verano de 1704 la moda llevó lo mejor de la corte al paseo llamado Cours-la-Reine, que el regente hizo plantar de nuevo en 1723. Las cenas y la música se prolongaban por la noche hasta muy tarde, y la multiplicidad de las nocheras no bastó á contener los deseos, y la ocasion engendró el escándalo. El año siguiente el rey moribundo se vió obligado á prohibir aquellas desenfrenadas fiestas nocturnas, tan escandalosas ó mas que las de la Regencia. Finalmente, los casinos destinados en los arrabales á los placeres de la opulencia, principieron á levantarse en los últimos años de Luis XIV. La necesidad de reuniones ocultas nos revela una época de hipocresia; los primeros que los tuvieron fueron el mariscal de Uxelles y el duque de Noailles, los cuales se valieron de estos retiros, no ménos para las intrigas de la ambicion que para los goces de una vida epicúrea. Multiplicáronse despues, y en el misterio que proporcionaban, los señores franceses se indemnizaban de la publicidad á que se sometian en sus palacios, formando un absoluto contraste con los grandes de Italia, solitarios en los palacios, acompañados en los casinos.

La libertad de los festines agitó la tea sobre tantas materias inflamables, y desde aquel centro se difundió por toda Francia la corrupcion brillante y ligera que fué llamada comunmente *costumbres de la Regencia*. Aquella especie de misterio que constituye el placer de los bailes de máscara, fué, si no la única, á lo ménos la causa principal de la costumbre, que no permitia ya el presentarse á los esposos juntos en público. El marido, avergonzándose de la felicidad doméstica, tuvo á gloria el hacer gala de los triunfos del amor propio; la mujer, abandonada de su natural apoyo, y privada tambien del simulacro que le ofrecia en las costumbres italianas el extravagante chichisveismo, se vió reducida á la peligrosa necesidad de hacerse amigos y conservarlos. Esta alteracion de la unidad conyugal llegó á ser una preocupacion, y se propagó á la parte sana de la nacion, y ejerció gran influencia en la familia y en la sociedad. Con la libertad de costumbres se introdujo la ligereza en los juicios, tanto que las mujeres cuidadosas de su buen nombre gozaban ménos libertad que ántes, y así la falta de virtud produjo mayor decencia. Este nuevo rigor hizo desaparecer dos costumbres, introducidas en la sociedad por la fe y por la sencillez. La primera se remonta á aquellos tiempos de la caballería en que la educacion de un caballero era terminada por una dama de irreprochable conducta, que se encargaba de ennoblecer sus acciones y sentimientos, y de cultivar sus buenos modales; patronato de la belleza virtuosa que subsistió mucho mas de lo que comunmente se cree (2), pues aun se hallan huellas honrosas de esta costumbre en el siglo de Luis XIV. Pero en tiempo de la Regencia, la opinion pública era demasiado deshonesta para respetar este amable cargo, y solo fué permitido á los señores de edad el guiar á los

(1) Es la tesis del doctor Geoffroy, sostenida el dia 13 de diciembre de 1704 en la escuela de medicina de Paris acerca de la cuestion *Si el hombre principia por ser un gusano*. Las preciosas del palacio de Rambouillet habian hecho muchos progresos. En 1722 el doctor Jaques anunció en Paris una tesis acerca de las enfermedades que produce la continencia; pero la universidad prohibió su publicacion.

(2) El padre del mariscal de Turena, por eleccion de su propia familia, había sido conñado á una bella y sabia jóven de la casa de Rieux.

jóvenes con mal escuchados consejos. La segunda costumbre es ménos antigua y trae su origen de las cuestiones teológicas acerca de la Gracia. Las suspensiones de muchos sacerdotes por parte de los obispos de contraria opinion indujo á algunas personas piadosas á eludir esta tiranía. El tribunal de la penitencia llegó á ser una especie de oficio, donde todo se resolvía por medio de fórmulas, mientras que las confilencias, el misticismo, y todas las perfecciones de la vida devota, fueron reservadas á los llamados directores de conciencia. Estos elegidos penetraron en las familias, y La Bruyere delineó un cuadro curioso de sus aventuras. Pero en la nueva emancipacion de costumbres muchos escritos doctos y autorizados atacaron con buen éxito unas relaciones cuya pureza no ponía ya á cubierto de la calumnia. Si la Regencia no hizo desaparecer del todo á los directores de conciencia, á lo ménos les quitó las mas bellas provincias de su imperio. Privadas de este modo las mujeres de alumnos y de maestros, se alejaron cada vez mas de la vida interior de la familia, y durante la Regencia y despues demostraron una actividad desconocida hasta entonces. Antes la mujer pasaba la mayor parte del dia en la cama; allí conversaba, allí recibia las visitas; la alcoba y la antecámara eran el sitio de sus reuniones; así como hoy lo son el gabinete y el salón. Esta indolente costumbre se remontaba hasta los Francos, porque sabido es que en los pueblos pobres é incultos el ocio es la distincion natural del orgullo. Estas costumbres primitivas se conservaron principalmente en las grandes circunstancias de la vida civil; hasta la Regencia la nueva esposa recibia las felicitaciones en un magnífico lecho colocado en una extensa sala; hacíase gala á su alrededor de armas, de divisas, de trofeos, de vajillas, de muebles preciosos, y hasta de ricos vestidos con bárbara ostentacion, de la cual nos ha dado madama de Sevigné una descripcion con motivo del casamiento de la señorita La Fayette.

La embriaguez del placer y de las riquezas, excitada por la Regencia y por el sistema de Law, no podia ménos de favorecer el incremento del lujo. Se vieron sus progresos, principalmente en el aumento de carrozas, que llegaron á ser una nueva necesidad en medio de tan gran tumulto, y en la profusion con que se continuó trasformando las habitaciones en almacenes de porcelana y de objetos raros de la India. Aumentóse mucho el número de los criados vestidos de pluma y escarlata, lo que pareció al principio una profanacion, y las mujeres les atribuian odiosos contrarios á la modestia de las antiguas costumbres (1). Los lacayos no tuvieron ya obligacion de tocar el violin en sus ocios: costumbre mas moral que agradable, establecida en las casas de los señores á principios del siglo, para que los amos estuviesen seguros á costa de sus oídos de que los criados no pasaban el tiempo en otras cosas peores. En los mas ricos palacios, las camareras y tambien las señoritas se ocupaban en criar canarios, que por ser de moda y por su novedad costaban muy caros. Una duquesa creía tan honroso mandar á vender los suyos al célebre comerciante en pájaros, como Carlo Magno el aumentar sus rentas con la venta de las legumbres de su jardin. No es necesario decir que la Regencia desacreditó esta industria doméstica; y

(1) La *Biblioteca de los cortesanos*, cuyos tomos se publicaron sucesivamente durante la Regencia, hizo notar esta novedad. «Tiempo hace, dice el autor, que una señora se hubiera sonrojado de hacer llevar su vestido por un lacayo adulto; ahora es la moda. Los lacayos jovencitos solo sirven para llevar á la iglesia el libro de su señora. Ademas de los grandes lacayos caudatarios, las damas tienen camareros para vestirlos y desnudarlos. Las doncellas no cuidan mas que del adorno de la cabeza, de la pomada, de las cajas de lunares; el dar la camisa pertenece al camarero.» El mismo autor añade que entre la nobleza y los ciudadanos iba ya pasando la moda de las patteredas, empleándose con preferencia comadrones.